

PASANDO AL OTRO LADO: MÁS ALLÁ DE LOS LÍMITES ANTERIORMENTE ACEPTADOS

Cuarenta años después del Vaticano II, la bocanada de aire fresco del concilio parece como contaminada por -en un símil informático- unos virus que paralizan e impiden la renovación esperada. Dos de estos virus son el clericalismo -con su buena dosis de antifeminismo- y el colonialismo. Descubrirlos no es tarea fácil ya que están ocultos bajo muchas capas de historia. El antídoto está en la humildad y la osadía que se encuentran ya en el evangelio de Jesús.

Journeying to the other side: beyond previously accepted boundaries, East Asian Pastoral Review 42 (2005) 61-73

¡Alerta con los virus! Son palabras que forman parte de la vida diaria de los usuarios de un ordenador. Los virus son peligrosos; dañan los programas y causan estragos por todas partes. Ignorar “una alerta de virus” puede acarrear la pérdida del trabajo de un día, mes, o año en un abrir y cerrar de ojos. Instalar el apropiado “parche” (*patch*) libra el ordenador de la contaminación y lo protege de futuras infecciones. El peligro de virus en el ordenador es una analogía útil para reflejar la situación de la mujer —y por extensión de la iglesia— 40 años después del Vaticano II.

Este ensayo sugiere que el aire fresco del Espíritu Santo, que sopló en el Vaticano II y que concedió el don de valentía para actuar, para pensar y para hablar a los Padres del Concilio, está contaminado por virus que paralizan la renovación e impiden que salgan nuevos modelos de iglesia. Parti-

cularmente existen dos virus en la iglesia: clericalismo y colonialismo. La humildad y la osadía son los antídotos para prevenir futuras infecciones. No es tarea fácil. Estos virus entran ocultos en *attachments* (documentos adjuntos, accesorios), es decir, interpretaciones, aceptadas desde antiguo, de la escritura y la tradición y de modelos de ser de la iglesia, y por ello son difíciles de localizar. La incapacidad de encontrarlos y de valorar el daño que hacen a la comunidad de fe puede deberse a una cierta cerrazón mental que impide a las comunidades y a la iglesia recibir el don de un nuevo interrogante, de comprometerse en nuevas experiencias y de entrar en un proceso de conversión. Reconocer su presencia permite a la iglesia ver honestamente el daño que virus como el clericalismo y el colonialismo causan a nuestras comunidades de fe.

CLERICALISMO

O'Collins y Farrugia definen el clericalismo como “una forma de abordar los problemas pastorales y teológicos que busca concentrarlo todo en manos del clero”. Minimiza la participación activa del laico en la vida y en el gobierno de la iglesia, silencia a las mujeres y las relega a ser observadoras pasivas.

La batalla contra el clericalismo hoy es continuación de las que existieron en las deliberaciones del Concilio. Los familiarizados con los principios del Vaticano II recuerdan bien la oposición que recibió el anuncio de un concilio por Juan XXIII. En el Vaticano se miraba con una mezcla de sentimientos que iban desde la aquiescencia pasiva a una alarma manifiesta. La valiente intervención del cardenal Lienart, en la primera sesión del concilio, emplazó a los obispos a tomarlo como propio. A medida que avanzaba el Concilio surgió una nueva comprensión de la iglesia.

El cambio de situación y papel de las mujeres como uno de “los signos de los tiempos”, citado por primera vez en la encíclica *Pacem in terris* de Juan XXIII, no fue el único ejemplo del mundo cambiante en el que la iglesia deseaba predicar el Evangelio.

Como nota perspicazmente la *Gaudium et Spes*: “En verdad es lamentable que los derechos fundamentales de la persona no es-

tén todavía protegidos en todas partes en la forma debida. Es lo que sucede cuando se niega a la mujer el derecho de escoger libremente esposo y de abrazar el estado de vida que prefiera o se le impide tener acceso a una educación y a una cultura igual a la que se concede al hombre” (GS 29).

Las mujeres y el estudio de la teología

Amaneció un nuevo día para la iglesia cuando se admitieron mujeres como estudiantes de doctorado en teología y escritura. A través de estos estudios, las mujeres descubrieron que su discípulo estaba enraizado en los evangelios y su liderazgo, en las iglesias domésticas y en las comunidades cristianas primitivas. Aquellas primeras mujeres no eran receptoras pasivas de la gracia de Dios, sino activas participantes en la historia del “Dios-con-nosotros”. Las mujeres se hicieron conscientes de lo que se les había negado durante siglos en términos de valor, dignidad, creación como “imagen de Dios”, y el pleno derecho en, y responsabilidad para, la comunidad de fe. Sin embargo, 40 años después del Vaticano II, es penoso constatar que el llamamiento a la mujer al discipulado y al liderazgo en la iglesia sigue encontrando resistencia activa y que la manera de “ser iglesia” si-

que siendo básicamente la misma.

Se puede ilustrar esta resistencia con la anécdota de un profesor de historia de la iglesia, a quien preguntaron algunas de sus alumnas por qué no incluía a las mujeres en sus clases sobre la formación de las primeras comunidades cristianas. Después de pensar un poco respondió con toda simplicidad: “Bien, es que no había mujeres en esta parte de la historia. Si las hubiera habido las habría incluido en mi curso. Pero no las había”. La respuesta es un ejemplo del virus del clericalismo que existe en la historia cristiana desde la perspectiva del liderazgo masculino. Cuarenta años de investigación y estudio de la escritura convertían esta respuesta en inaceptable y hoy todavía se mantiene en nuestras instituciones educativas.

Otro ejemplo se encuentra en el documento romano *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la colaboración de hombres y mujeres en la Iglesia y en el mundo* (julio de 2004). Conviene notar algunas respuestas a su perspectiva sobre las mujeres, dada desde un punto de vista clerical. Empezando por la declaración: “La Iglesia, experta en humanidad, tiene un interés perenne en lo que concierne a hombres y mujeres”, el documento habla con gran autoridad de la situación de las mujeres -la mitad de la población del mundo- ¡sin ninguna consulta a esta mitad del mundo! Reflexiona sobre el papel de las mu-

jerer y de los hombres desde la perspectiva de una “antropología dual” -discutida por muchas escritoras feministas- y se aplica a una forma de feminismo, popular en los primeros días del movimiento, pero no un principio director para el pensamiento femenino y la teología feminista de hoy.

Entre las diversas respuestas femeninas al documento, Regina Schulte se queja de que este documento “relega a la mujer... al papel de una parte pasiva, que no inicia ninguna actividad, sino que espera ser conducida... Así, como ha argumentado Juan Pablo II, no se puede conceder a las mujeres papeles de dirección en la iglesia... El documento afirma que las mujeres buscan el poder... No es esto lo que las mujeres buscan en la iglesia; buscan compartir la dirección”.

Joan Chittister afirma que “el problema real de este documento es que su arrolladora condena de la emergente marea de demanda de las mujeres de plenitud de humanidad, será simplemente desestimada por falta de intuición, comprensión académica y relevancia”. La iglesia posterior al Vaticano II quería ser relevante para el mundo y proclamaba que “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo” (GS 1). A esta distancia del Vaticano II, la iglesia corre el ries-

go de ser tenida como irrelevante por el mundo real del que quiere formar parte.

Los ejemplos del virus son demasiado numerosos para nombrarlos. El escándalo de abuso sexual en la iglesia de Estados Unidos es un indicador importante, como el silencio general sobre el abuso de religiosas en muchas áreas eclesiales. Conversaciones con varios grupos de laicos indican el grado en que muchos católicos, particularmente mujeres, están profundamente ofendidos por la forma en que son tratados por el clero: como ciudadanos de “segunda clase” y no como aquellos que comparten la igualdad y dignidad del bautismo en Cristo.

Los “parches” necesarios para descubrir y erradicar el virus de clericalismo son la valentía y la humildad: humildad para plantear las cuestiones difíciles y valentía para actuar en las respuestas. Valor para reconocer que la cultura jerárquica de la iglesia es la antítesis del Evangelio; humildad para pedir consejo sobre cómo remediar esta situación. ¿Qué clase de iglesia queremos ser o cómo queremos ser iglesia?

Un nuevo estilo de ser iglesia

En un ensayo del 2003, John O'Malley propone cinco puntos de un nuevo estilo de iglesia más allá del clericalismo. Un estilo de compañerismo y colaboración

“entre el papa y los obispos, obispos y sacerdotes, sacerdotes y parroquianos, obispos y laicado.” La manera de ejercer el liderazgo ha de ser “más de servicio que de control”, ha de invitar a todos a un compromiso activo en la iglesia. El Concilio dio a la iglesia un estilo “orientado hacia el futuro y abierto a él”. Las mujeres son una parte vital de este futuro. Su inclusión en pie de igualdad en la iglesia pide una apertura a los “signos de los tiempos” y una voluntad de vivir con sus implicaciones. Este es el comienzo del des-clericalismo.

Un nuevo estilo de iglesia -valiente y humilde- exige el derecho y el deber de los laicos, especialmente de las mujeres, tanto tiempo silenciadas, de participar en las tareas teológicas. La exclusión de la palabra y experiencia de las mujeres en el “hablar de Dios” mutila la tarea teológica y la hace incompleta. El “parche” contra el clericalismo rechaza el mensaje de que sólo los “ordenados” son capaces de decir una palabra creíble sobre Dios. Un nuevo estilo de iglesia desvela los muchos rostros escondidos por el sistema clerical, cuyas voces son necesarias a la teología. Aloysius Pieris pone de relieve la importancia de los pobres en la tarea de hacer teología. La mayoría de los teólogos han sido educados en una cultura elitista y, al igual que la iglesia jerárquica, hablan de los pobres en tercera persona. “El dilema de Asia puede ser sintetizado así: los teólogos no son (todavía) pobres;

y los pobres no son (todavía) teólogos”. El “parche” contra el clericalismo engendra un espíritu de *mutuo* aprender y enseñar y de *mutuo* dar ánimos y corregir entre la iglesia de Roma y las iglesias locales, mujeres y hombres.

Al otro lado – más allá de los límites

El evangelio de Mateo (14, 13-21) justifica un movimiento de tal estilo. Después de alimentar a 5.000 (judíos), Jesús pasa al “otro lado” del mar de Galilea. Allí se encuentra con una mujer siro-fenicia que pide la salud para su hija (15, 21-28). Su petición enfrenta a Jesús con la molesta polémica de quiénes están incluidos en el

Reino de Dios. Esta mujer no judía, sin nombre, desafía y hace añicos una exclusividad presente en el ministerio de Jesús. Ante su persistencia, Jesús va más allá de sus límites anteriormente aceptados: viaja al “otro lado” y encuentra una nueva manera de entender lo que Dios está realizando en el mundo y sella esta nueva manera con una segunda alimentación de 4.000 personas (gentiles; por tanto, no judíos: cf. Mt 15, 32-38). Recurrir al mismo “parche” capacitaría a la iglesia a “subir a la barca” y “pasar al otro lado” de sus anteriores comprensiones. Es una llamada a la conversión. Es un esfuerzo para ver las personas y las situaciones de la manera como Dios las ve. Es un llamamiento a la humildad y al atrevimiento.

COLONIALISMO

La segunda “alerta de virus” viene del colonialismo. Palabra difícil de explorar con relación a la iglesia porque normalmente se entiende el colonialismo como el sistema por el cual un país mantiene el control de otros a fin de explotar sus recursos naturales, etc., algo que parece no existir en la iglesia del siglo XXI. Es importante notar que en la raíz del colonialismo hay una actitud de superioridad por la que una parte tiene poder y conoce lo que es mejor para la “otra”. Este virus está presente en nuestra iglesia y se manifiesta en formas como el persistente rostro “occidental” del cris-

tianismo: superioridad religiosa en la predicación del evangelio, asistencia financiera desde Roma, que crea dependencia, etc.

En 1998, en el ensayo “Descolonización de la teología”, Samuel Rayan rastreó el virus en el contexto asiático. Refiriéndose a la situación en la India (y por extensión en el resto de Asia) escribió: “Nuestra situación puede describirse así: o bien el substrato teológico de nuestra existencia cristiana se ha utilizado para cultivar cosechas extranjeras que nosotros no usamos ni necesitamos; o bien se ha abandonado mientras

se importaban teologías cultivadas en otras partes que soportábamos como una carga, y que no eran asimiladas como un alimento ni recibidas como una fuerza de cambio social”.

El argumento de Rayan recuerda la observación de Karl Rahner: el Vaticano II fue “la primera auto-actualización oficial de la iglesia como iglesia mundial, todavía en forma rudimentaria, buscando a tientas la identidad”. Caer en la cuenta de que los rostros de los presentes en las deliberaciones del Concilio ya no eran únicamente occidentales, sino clérigos indígenas de todo el mundo, generó un salto cualitativo en la propia comprensión de la iglesia. Rahner argumenta a favor de una verdadera iglesia universal, compuesta de iglesias locales de muchas áreas distintas del mundo. “O la iglesia ve y reconoce las diferencias esenciales de las demás culturas, por las que pasaría a ser una iglesia universal, y... saca las consecuencias de este reconocimiento, o seguirá siendo una iglesia occidental y, en último análisis, traiciona el significado del Vaticano II”.

Occidente todavía no se ha tomado en serio este desafío. Así, la iglesia de Asia todavía tiene el “aspecto de una sucursal” de occidente que la hace, a ella y a su mensaje, “extranjera” para la mayor parte del mundo no occidental. A pesar de algunos cambios cosméticos (liturgia en lengua vernácula, los laicos como lectores, administración de la eucaristía,

etc.), la iglesia es todavía occidental en el estilo y en la manera de articular la fe cristiana. Cuarenta años después del Vaticano II, los sínodos de obispos han de seguir reuniéndose en Roma. La preparación del sínodo de obispos de Asia, de 1998, es una muestra de este virus.

Sínodo de Obispos de Asia (1998)

Cuando los obispos del Japón recibieron la agenda (*Lineamenta*) del Sínodo, la rechazaron lamentando que el tono era ofensivo y el contenido no estaba en sintonía con las realidades de Asia. Enviaron una lista de sus propias preocupaciones y problemas que no aparecían en los *Lineamenta*. Ponían en entredicho la conveniencia de los problemas propuestos en dicha agenda, planteados con mentalidad occidental, y proponían un “estudio de la evangelización que incluyera una atención a los límites de la actividad misionera de tipo occidental realizada hasta ahora”.

En el documento postsinodal *Ecclesia in Asia*, Juan Pablo II reconoció que “a pesar de su presencia durante siglos y de sus muchos esfuerzos apostólicos, la iglesia en muchas partes era considerada todavía como extranjera en Asia y, por tanto, con frecuencia, asociada a los poderes coloniales”. Peter Phan observa, con todo, que el documento “usa el

tiempo pasado y se equivoca. El carácter extranjero de la cristianidad en Asia y su asociación con el colonialismo son realidades presentes; y no ‘en muchos lugares’, sino en todas partes.” Antes del Vaticano II los obispos y teólogos no habrían dado esta réplica al Vaticano. La valentía para reclamar la palabra propia es el principio de un eficaz “parche” contra el colonialismo.

El virus del colonialismo también esconde su cabeza en una actitud de “superioridad religiosa”. Cuarenta años después del Vaticano II, la iglesia ha de seguir afirmando su relación con las tradiciones religiosas de Asia y debe encontrar la manera más efectiva de predicar el evangelio a gentes que provienen de tradiciones religiosas que tienen sus propios caminos de salvación. Pablo VI durante su visita a Filipinas en 1970 animó a los teólogos de Asia: “Dejad que la semilla, que es la palabra de Dios, eche hondas raíces en el suelo fértil de Asia. Dejad que la Iglesia se alimente de los genuinos valores de las venerables religiones y culturas de Asia. Su propia contribución será ciertamente bienvenida por vuestros pueblos, acostumbrados durante siglos de formación espiritual a reconocer y agradecer lo que es bueno en los demás.”

Cuando la Federación de Conferencias de Obispos de Asia (FABC) se constituyó en 1970, parte de su trabajo inicial consistió en determinar el lugar de la

iglesia cristiana de Asia: “El problema básico era este: ¿qué sentido tiene la iglesia de Jesucristo en Asia, se está iniciando una nueva era en la historia de sus pueblos? ¿Qué significa la misión de la iglesia, en la renovada manera de entender del Vaticano II, cuando la historia está siendo “devuelta” a los mismos pueblos de Asia?”

Durante las últimas tres décadas la FABC han fomentado un espíritu de servicio y diálogo en las iglesias locales con todos los pueblos de Asia y con sus tradiciones religiosas. *Ecclesia in Asia* reconoce Asia como la cuna de las mayores religiones del mundo y manifiesta el más hondo respeto por estas tradiciones: “Hay una innata visión espiritual y sabiduría moral en los pueblos de Asia y es el centro alrededor del cual se ha construido un creciente sentimiento de ‘ser Asia’. Este ‘ser Asia’ se descubre mejor y se afirma no por la confrontación y oposición, sino en espíritu de complementariedad y armonía. En este marco la iglesia puede comunicar el evangelio siendo fiel tanto a su tradición como al alma de Asia” (EA 6).

La voz distinta de Asia cuestiona lo que fue un “don” en el pasado. En el encuentro de la FABC de enero del 2000, los obispos reconocieron respetuosamente la exhortación apostólica *Ecclesia in Asia*, pero no la convirtieron en el centro de sus discusiones. Continuaron con su tema: “Una Iglesia renovada en Asia: misión de Amor

y Servicio” e incluyeron los puntos pertinentes de la *Ecclesia in Asia* en su documento final. “Para evangelizar, la Iglesia no puede ser religiosamente superior. Tiene que ser una humilde compañera y socia de toda Asia en la común búsqueda de Dios, en la lucha por la justicia y la armonía, por una vida más humana”.

Voces femeninas de Asia

Cuarenta años después del Vaticano II, las voces femeninas de Asia, siguen siendo “una gracia transformadora”. Estas voces -a la vez humildes y valientes- constituyen un “parche” para combatir el virus que se apodera del país y de la gente, transmitiendo falsas memorias de lo que son como pueblo y condenándolos a vivir en las sombras de la vida. Tal ha sido la experiencia de muchas mujeres en la iglesia y por esto es acertado que se escuchen sus voces. Entre estas voces son notables las que llegan del encuentro de religiosas de Asia-Oceanía y de la Iglesia de las Mujeres en Asia.

La prioridad de AMOR (*Asia-Oceania Meeting of Religious*) es la promoción de la justicia y la paz del Reino de Dios en todos los contextos y estilos de vida religiosa. El tema del reciente encuentro de AMOR (2003) -“Tejiendo de nuevo la Red de la Vida: Un Sueño de Comunión entre el Cielo, la Tierra y los Seres Humanos”- reflexionó sobre los votos como ele-

mentos necesarios para tejer una red de vida rota entre los pueblos del mundo. Estos encuentros son pasos importantes para crear un “estilo” de vida religiosa que, agradecida por lo que Occidente ha ofrecido en términos de su tradición de vida religiosa, crece más allá del suelo de Asia pero es distintiva de Asia.

Este movimiento hacia la inculturación conlleva muchos desafíos en la formación para la vida religiosa, tales como: requisitos y cualidades de los que desean ser admitidos, qué programas de formación se necesitan, dónde se han de ubicar casas de formación “sanas” para vivir con y compartir la vida de los pobres y qué caminos de oración tocan el corazón de los asiáticos. También está el tema de cómo negociar la diversidad y hacer frente al racismo en nuestras comunidades como mujeres y hombres de diferentes razas, culturas, y grupos étnicos empeñados en vivir en una comunidad de vida centrada en el Evangelio.

Otro ejemplo lo tenemos en el primer encuentro de “Iglesia de la mujer en Asia: Reuniendo las voces de las silenciadas” (*Ecclesia of Women in Asia: EWA*), tenido en Bangkok, en noviembre 2002. Evelyn Monteiro estableció con claridad las esperanzas de la conferencia: reunir las mujeres católicas que hacen teología en Asia y ofrecer un espacio para que se escucharan sus pensamientos y reflexiones. La conferencia invitó a las mujeres a desarrollar su poten-

cial y articular una teología desde la perspectiva de la mujer católica de Asia. El encuentro se proponía crear una red de trabajo con los distintos movimientos feministas. Estas mujeres tenían la valentía de hablar; la dirección de la iglesia necesita humildad para escuchar. Es necesario juntar ambas cosas para hacer algo nuevo en nuestra iglesia y en nuestro mundo.

Samuel Rayan señala que “Jesús se propuso descolonizar la re-

ligión y la teología del pueblo” con sus enseñanzas y acciones, con su preocupación por los pobres y las viudas, predicando que Dios quiere amor y no sacrificios y desafiando la casta sacerdotal. “La obra de Jesús de descolonizar y revisar la religión tradicional llegaba tan lejos, que mientras el pueblo se regocijaba, los poderes estaban decididos a deshacerse de aquel profeta radical.” El trabajo de descolonizar es un trabajo profético con serias consecuencias.

CONCLUSIÓN

Este ensayo empezó con la reclamación de que la Iglesia necesita escanear dos virus -clericalismo y colonialismo- que dañan su vida e impiden la renovación del Vaticano II. También se han propuesto los “parches” de valentía y humildad como posibles antídotos. La verdad de la reclamación se ha demostrado con varios ejemplos que muestran la presencia de los virus y su invisibilidad para los que no están suficientemente alerta. Las justificaciones evangélicas para prestar atención a estos virus se dieron porque el evangelio de Jesús es el verdadero “parche” necesario para eliminar los diferentes virus que engañan a la comunidad de fe. También he destacado las voces de las mujeres que hablan con valentía en una Iglesia que continúa marginándolas.

Cuarenta años después del Vaticano II, el aire fresco del Espíri-

tu Santo todavía tiene que realizarse plenamente. Ha habido muchos desarrollos positivos. Las voces de las mujeres y los laicos se están volviendo más fuertes. Las mujeres están más seguras de sus derechos y responsabilidades en y para la comunidad de fe. Los Sínodos de los Obispos se manifiestan. La investigación de la escritura continua y las nuevas teologías testimonian la presencia del Espíritu en las diversas formas de proclamar la fe en las distintas partes del mundo.

Los nuevos rostros que salen a la luz hoy en nuestra iglesia son rostros de mujeres y hombres de distintas razas, naciones, culturas e iglesias locales no occidentales. Han sido bautizados en Cristo y su fe pide una transformación de la manera clerical y colonial de ser iglesia. O la iglesia reconoce los dones que aportan estos nuevos

rostros o permanecerá siempre occidental y clerical y esto traiciona la proclamación de Jesús del Reino de Dios para todos. Nuestra tarea consiste en prestar aten-

ción a todas las “alertas de virus”; de lo contrario, los nuevos problemas e intuiciones del Concilio Vaticano II se perderán para siempre.

Tradujo y condensó: CARLES PORTABELLA

(Viene de la página 242)

LIBANIO, JOÃO BATISTA, S.J. Prof. de teología en la Fac. de Teología de Belo Horizonte. Entre sus obras: *Dios y los hombres* (1990); *Teologia da Revelação a partir da modernidade* (1992).

Caixa Postal 5047; 31611 Belo Horizonte-MG (Brasil)

MARTÍNEZ GORDO, JESÚS. Prof. de teol. en la facultad de teología del norte de España (Vitoria). Prof. y miembro del instituto de teología y pastoral de Bilbao (IDTP) y de Cristianisme i justícia (Barcelona). Prof. invitado del instituto superior de ciencias religiosas de San Sebastián y de la pontificia facultad teológica de la Italia meridional (Capodimonte, Nápoles). Entre sus obras: *La gloria del Crucificado. La teología fundamental de Hans Urs von Balthasar* (1997); *Los laicos y el futuro de la iglesia: una revolución silenciosa* (2002).

C. Luis Petralanda 8, 1º C; 48970-Basauri (Bizkaia, España)

POPE, STEPHEN J. Doctor en filosofía por la Universidad de Chicago. Profesor asociado de teología en el Boston College. Editor de *The ethics of St. Thomas Aquinas* (2002) y *Common calling: the laity and the governance of the Church* (2004). Está preparando *Human evolution and christian ethics*.

21 Campanella Way, Room 349; Boston College ; Chestnut Hill, MA 02467 (Estados Unidos)

RADLBECK-OSSMANN, REGINA. Casada, tiene tres hijos. Dr. y Prof. de teología en la Uni. de Halle. Miembro de la subcomisión de catequesis de la Conf. Episcopal Alemana. Entre sus publicaciones: *Der Personbegriff in der Trinitätstheologie der Gegenwart. Eine untersuchung der Entwürfe J. Moltmanns und W. Kaspers* (1990); *David. König und Urbild eines Königs in Israel* (1992). *Vom Papstamt zum Petrusdienst. Zur Neufassung eines ursprungstreuen und zukunftsfähigen Dienstes an der Einheit der Kirche* (2005).

Martin-Luther-Universität Halle-Wittenberg; Institut für katholische Theologie und ihre Didaktik; Franckeplatz 1/Haus 25; 06110 Halle (Alemania)